

Enríquez, Duque de Alburquerque, en 27 de Octubre del año siguiente, enumerando las mercedes de agua del ramo de San Francisco, se lee: "Que en la calle que llaman de Zuleta tienen una paja de agua "las casas que llaman de Zuleta, frente de la huerta de San Francisco."

D. Cristóbal Zuleta se distinguió por su beneficencia y por su piedad, socorriendo con amplitud á los menesterosos y haciendo varias donaciones, principalmente á los religiosos franciscanos, en cuyo convento é iglesia grande edificó una capilla dedicada á la Purísima Concepción de la Virgen María, capilla que se llamaba de los Zuletas, en cuyo muro se conservó, hasta la destrucción del convento, una lápida conmemorativa de ello.

Como dueños de la capilla, los Zuletas conservaban su patronato, y le ejercían nombrando capellán que la cuidase, y allí fueron sepultados. Con el fin de asegurar para siempre el culto en su capilla y de tener sufragio constante para los miembros difuntos de la familia, Doña Francisca Zuleta fundó una capellanía de misas é instituyó capellán que la sirviese. Vacó esta capellanía después de la muerte de Doña Francisca, y una sobrina suya, residente en Madrid, Doña Ana de Aduna y Zuleta, viuda de D. Antonio de Aduna, caballero que fué de la Orden de Santiago, en quien recayó el patronato de la capilla, nombró por capellán de ella al Lic. D. Fernandó de Silva, clérigo presbítero, para que con ese alivio pudiera vivir en México decentemente. El nombramiento fué hecho en Madrid á primero de Febrero de 1690, ante Manuel de Palacios, escribano real. Con este nombramiento, el Presbítero Silva ocurrió á la Corte pidiendo el correspondiente permiso para venir á tomar posesión de su beneficio; pero el Consejo y el Rey le negaron la licencia, y como al notificársele la negativa él dijo que se iría por donde pudiera, se dictaron las órdenes consiguientes para que se le negara el embarque en Cádiz; mas como podía tomar otro camino, por cédula de 9 de Agosto de 1690 se previno al Conde de Galve, Virrey entonces de la Nueva España, que vigilara todos los puertos de su jurisdicción, y por cualquiera de ellos que entrase el dicho capellán, le impidiese tomar posesión de la capellanía y le volviese á España. Después de este suceso continuó tranquilamente la familia en el ejercicio del patronato hasta que se extinguieron todas sus ramas.

FIN.

---



---

POST SCRIPTUM

---

DR. DON JOSÉ MARIA MARROQUI

(APUNTES BIO-BIBLIOGRÁFICOS)

Por LUIS GONZALEZ OBREGON.

I

El Dr. D. José María Marroqui nació en la ciudad de México el viernes 6 de Febrero del año de 1824, y en la casa núm. 3 de la calle de San Fernando. Al día siguiente fué bautizado en la Parroquia de la Santa Veracruz, por el P. D. Manuel Miranda, expropósito del Oratorio de San Felipe Neri, y pusieronle José María de Jesús, Miguel, Doroteo, Teófilo, Juan Nepomuceno, Mucio y Luis Gonzaga, como es costumbre entre personas devotas, quienes desean, en tales casos, que los recién nacidos lleven los nombres de sus santos predilectos, ó de los que han tenido sus ascendientes ó deudos próximos. Lleváronle, como padrinos, á la pila bautismal, D. Juan Nepomuceno Güijosa y Doña María Josefa Quintana.

Fueron sus abuelos paternos D. José María Marroqui y Doña María Gertrudis Sánchez, y maternos D. José Antonio Trejo y Doña María Felipa Morales. Su padre, D. Ramón Marroqui, fué corredor de número; dueño de la hacienda llamada Debodé y de tres casas en Ixmiquilpan; originario también de México, y murió el año de 1848. Había casado con Doña Inés Antonia Trejo, de la cual tuvo, además del Doctor, los hijos siguientes: Dolores, Guadalupe, Teresa, Manuel, Loreto, Vicente, Josefa y otro que murió al nacer. De

estos hijos, sólo tomaron estado el Doctor y su hermana Doña Josefa, que casó con D. Antonio Aguilar, y del que tuvo dos hijos, Rafael y Trinidad.

El Dr. Marroqui estudió primeras letras con el P. D. José María Abarca, que tenía á su cargo una escuela en el Hospicio de Pobres, y después de concluída su instrucción primaria, se inscribió en el Seminario Conciliar de México, en clase de externo un año y de interno los restantes, hasta concluir sus estudios.

Ingresó al Seminario en 1836, y era tan consagrado al estudio, que sólo lo interrumpía en las vacaciones que acostumbraba pasar en la hacienda de su padre. En los cursos de minimista, menorista y medianista (1836 á 1837), en que estudió latín, se opuso con lucimiento, obteniendo en los tres la calificación de "muy bien con particularidad." La misma nota mereció en 1838 en que presentó examen en el Acto de primer año de Filosofía; lo mismo que en 1839 y 1840, en que cursó y se examinó, respectivamente, de segundo y tercer año de Filosofía, presentando en el segundo el *Calorico* por Varela y la *Cosmografía* de Letronne y en el tercero todo el Jacquier, mereciendo en este último curso, además de la citada calificación, el primer premio.

Había sido su maestro D. Juan Bautista Ormachea, entonces catedrático y posteriormente Obispo de Tulancingo. El Dr. Marroqui recibió el grado de Bachiller de Filosofía en la Universidad de México el 11 de Agosto de 1840, el cual grado se lo dió el Doctor y Maestro D. Manuel Gómez Marín, Presbítero del Oratorio de San Felipe Neri y literato religioso muy apreciable, autorizando el acto el Secretario D. Miguel Velázquez de León.

Sin duda pensó entonces seguir la carrera de abogado el joven Marroqui, pues durante el año de 1841, y en el mismo Seminario, estudió y presentó examen de lo perteneciente á legista primianista, y mereció la calificación de excelente.

Pero por motivos que ignoramos, abandonó el derecho, y en el mismo año de 1841, el día 8 de Diciembre, se inscribió para cursar Medicina en el plantel que á la sazón existía en México, consagrado á esta materia. En 11 de Agosto de 1842 presentó examen de primer curso y fué aprobado con la calificación de muy bien. En 7 de Agosto de 1843 fué aprobado de segundo año, y de tercero el 22 de Octubre de 1844, en el cual obtuvo el primer premio,<sup>1</sup> y el propio premio mereció en los exámenes de cuarto y quinto año, que presentó, sucesivamente, el 27 de Octubre de 1845 y el 10 de Septiembre de 1846.

<sup>1</sup> El Dr. D. Manuel Andrade, padre del Sr. Canónigo Andrade, fué profesor de Anatomía del Sr. Marroqui.

Por fin, sus constantes desvelos para conquistar un puesto entre los profesionales, tuvieron feliz término en los días 29 y 30 de Enero de 1847, en que sustentó su examen general de Medicina, siendo aprobado por unanimidad, y obteniendo el título de médico en el último día.

Durante la invasión norteamericana se filió entre los *Polkos*, combatió al enemigo y prestó importantes servicios ejerciendo su profesión.

En el hospital de San Andrés había obtenido, desde que era estudiante, varios empleos de los que se llamaban de la plana menor, y el 20 de Noviembre de 1849 se le concedió uno de la plana mayor, nombrándole Practicante del Departamento de Cirugía de Mujeres, y en 24 de Agosto de 1850 fué nombrado Director Supernumerario. Muchos años prestó en ese hospital sus servicios como cirujano, y en 1857, en que el citado hospital pasó por una crisis que pudo haber dado al traste con él, la Mitra, de quien dependía, dió las más expresivas gracias á D. José María Medina y al Dr. Marroqui "por su generosidad de servir gratuitamente y sin estipendio de ningún género," mientras durasen las escaseces.

Más antes, en 1851, había sido elegido Regidor, é inclinado desde muy joven al matrimonio, había contraído nupcias, el 12 de Mayo de 1852, con Doña Ursula González, en la capilla de la Santa Escuela del extinguido hospital del Espíritu Santo, á cuya esposa tuvo la pena de perder el 16 de Noviembre de 1886, después de haber sido su fiel y constante compañera en infortunios y en sinsabores.

En los años que siguieron al en que se casó el Dr. Marroqui, prestó grandes servicios en diversos cargos que obtuvo, ya como fundador del Tecpan de Santiago, en donde vivió algún tiempo, ya como Inspector de Sanidad, que ejerció en la Callejuela, debiéndosele á él la reglamentación de las mujeres extraviadas, y el positivo empeño que tomó para dictar medidas encaminadas á evitar el contagio de asquerosas y graves enfermedades.

Amigo íntimo del General Comonfort, cuando éste ocupó la Presidencia de la República, le nombró su Secretario particular. En 1861 fué electo Diputado al Congreso de la Unión, y durante el sitio de Puebla, en 1862, prestó sus servicios profesionales con el carácter de Comandante del Cuerpo Médico Militar.

Fué uno de los que acompañaron al Sr. Juárez en su peregrinación hacia el Norte de la República en 1863, pero el Dr. Marroqui hubo de radicarse en el Fresnillo durante un año, donde ejerció su profesión, y vuelto á la capital, después de la caída del Imperio, fué nombrado Juez del Registro Civil, estableciendo la oficina algún

tiempo en una accesoria de su casa, situada en la tercera calle de Vanezas núm. 6, que había adquirido en la cantidad de \$4,000; casa que habitó mucho tiempo, pues hasta el año de 1880 compró la del callejón de Cuajomulco núm. 8, en donde murió.

En 1874 se le nombró Cónsul de México en Barcelona, y embarcóse inmediatamente hacia este puerto, donde desempeñó dicho cargo hasta el año de 1878. Fué esta la época más difícil y azarosa de su vida, pues no recibía los sueldos con puntualidad, á consecuencia de los trastornos políticos de aquella época, y las penurias le obligaron á vivir de maestro de escuela en aquella hermosa ciudad catalana.

De regreso á su patria, después del triunfo del plan de Tuxtepec, fué Secretario del General Cruz el año de 1882 en el Estado de Morelos, y radicado de nuevo en la capital, consagróse á sus investigaciones históricas y á desempeñar las cátedras de lengua castellana y de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria.

Su obra *La Ciudad de México*, le ocupó más de veinte años, de los últimos que vivió. Alternaba sus diarios paseos matutinos y vespertinos por la Calzada de la Reforma y por la Alameda, su sitio predilecto, charlando con amigos bajo los árboles ó en los billares del Hotel de Iturbide, á donde gustaba ir en las noches para ver jugar. El resto de su tiempo le consagraba á inquisiciones históricas, recorriendo, fatigado y sudoroso, casas y calles en busca de noticias, y sentándose, incómodo por su obesidad, ante las mesas de bibliotecas y archivos, para hojear uno á uno polvorientos manuscritos, de caracteres ininteligibles muchos de ellos.

Así vivió varios años, enseñando á sus discípulos *ad pedem literae* el Hermosilla en la cátedra de Retórica; renunciando con verdadera modestia el nombramiento de Académico mexicano, correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, y luchando en sus postreros días con la espantosa enfermedad del cáncer que le atacó en la boca, y la que lo llevó al sepulcro el 24 de Abril de 1898, habiendo hecho antes todas sus últimas disposiciones y ordenando se le diese sepultura en una fosa de tercera clase del Cementerio de Dolores, y no se le pusiese inscripción ninguna.

No dejó sucesión de su difunta esposa, pero adoptó legalmente por hija á una huérfana, la Srita. María Marroqui, á quien dejó sus bienes y una pensión á su hermana viuda, Doña Josefa, única que le sobrevivió, pues en 1894 había fallecido el último de sus hermanos, D. Manuel, en Zitácuaro.

Pocos libros tuvo siempre el Dr. Marroqui. Prefería consultarlos en las bibliotecas públicas y en las de sus amigos íntimos, como en la del Sr. Canónigo D. Vicente de P. Andrade, de quien mereció le

abriera de par en par las puertas de su selecta librería, y le prestase para llevarlas á su casa y tenerlas el tiempo que quisiese, toda clase de obras. ¡Conducta extraña entre bibliófilos, pero no rara en el P. Andrade, quien para todos sus amigos ha sido liberal y pródigo en suministrar libros, noticias y documentos! Pero el Dr. Marroqui tenía á su muerte muchos folletos políticos y administrativos, Memorias municipales y de los Ministerios, que cedió generosamente al Museo Nacional, quizá porque en otras épocas de su vida le había comprado dos curiosos monetarios.

Antes de morir, en Febrero de 1896, obsequió su obra *La Ciudad de México* á la Municipalidad, y solicitó únicamente se le proporcionase una señorita, pensionada por la Corporación, para que sacase copia en máquina del manuscrito. Accedió el Cabildo agradecido, y desde esa fecha hasta la víspera de su muerte, se consagró á dictar la copia, que recibió el Ayuntamiento el 22 de Abril de 1898, dos días antes de morir el Dr. Marroqui, quien dejó el encargo de hacer la entrega y de corregir las pruebas, cuando se efectuara la impresión, al mencionado Sr. Canónigo Andrade. El Ayuntamiento, al aceptar el obsequio del Dr. Marroqui, había acordado cederle la mitad de los ejemplares de la obra impresa, y tal disposición dió origen á que el autor dispusiese, á su vez, que los productos de la venta de esa mitad que le correspondía, se repartiesen entre los pobres. ¡Acción digna de elogio, característica en él, pues fué siempre pródigo en dádivas y en obras!

## II

El Dr. Marroqui publicó en vida varios escritos políticos, didácticos, novelescos é históricos. En 1861 un *Discurso en la reunión popular, verificada en el Teatro Nacional el 24 de Noviembre, fundando el proyecto que presentó para la organización del Distrito Federal*, opúsculo de 16 páginas en cuarto. Del mismo carácter político publicó en Barcelona, el 15 de Diciembre de 1876, con el título de *José M. Marroqui á sus conciudadanos*, una especie de manifiesto acompañado de un programa con motivo del triunfo del Plan de Tuxtepec, que forma un opúsculo de ocho páginas en folio. Son dignos de recomendarse sus trataditos impresos en México con los siguientes títulos: *Estudio sobre los verbos irregulares* (1872), 48 páginas en octavo; *Epítome de la Gramática de la lengua castellana* (1873), 75 páginas en octavo; *Prosodia y Ortografía* (1879), 30 páginas en octavo; *Lecciones de Ortología castellana* (1883), 28 páginas en octavo; y su *Catecismo Democrático Constitucional* (1873), 29 páginas en dieciseisavo, que se

reimprimió en 1883 con el título de *Cartilla Democrática Constitucional*, 31 páginas en dieciseisavo. Del género novelesco publicó *La Llorona, cuento histórico mexicano* (1887), 143 páginas en dieciseisavo, y de otro género, un cuaderno con ilustraciones que lleva el título de *Jubileo Sacerdotal del Illmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio de Labastida y Dávalos, celebrado el día 8 de Diciembre de 1889*.—RECUERDO HISTÓRICO (1889), 50 páginas en cuarto. También publicó, escrita en colaboración del Sr. Berganzo, una biografía del Dr. D. Manuel Carpio, que corre impresa en la *Corona Fúnebre* consagrada á este popular poeta. El *Epítome de la Gramática de la lengua castellana*, tuvo mucho éxito, tanto aquí como en el extranjero, y fué reimpreso en Barcelona en 1874, y en México en 1878.

Pero su obra capital y póstuma fué la que intituló modestamente *La Ciudad de México*. Contiene: El origen de muchas de sus calles y plazas, el de varios establecimientos públicos y privados, y no pocas noticias curiosas y entretenidas (1900), 3 volúmenes de 636, 652 y 744 páginas en cuarto. Tardó en escribirla más de veinte años, y no perdonó investigación ni diligencia para rectificar errores ó acopiar datos. Registró minuciosamente los documentos del Archivo Nacional, los de la Biblioteca y los del Museo, y una á una todas las Actas de cabildo del Archivo Municipal. No se conformó con esto, sino que recorría calle por calle, casa por casa, las que le parecían más vetustas, para solicitar de los vecinos más antiguos ó de los propietarios más ilustrados, bien noticias relativas al origen tradicional ó histórico de las calles, bien licencias para registrar los títulos primordiales de las casas, y poder inquirir cuál había sido el nombre primitivo de las calles, cuántos cambios habían tenido en el transcurso de los siglos y qué sucesos notables, qué fundaciones piadosas ó filantrópicas se habían hecho en los diversos edificios de una á otra acera.

No escribió una historia metódica, cronológica, de la ciudad de México y de las diversas transformaciones ó ensanches que ha tenido desde que la fundó Tenoch hasta nuestros días, ni de todos y cada uno de los acontecimientos históricos que en ella se han verificado al través de los tiempos. Su tarea fué más limitada, aunque más laboriosa. En forma alfabética historió una á una las calles y callejas, las plazas y paseos, los templos y edificios. La vida no le alcanzó para hablar de todos, ni de muchos pudo adquirir datos, á pesar de sus inquisiciones minuciosas. Algunos artículos dejó apenas comenzados; otros, por el prurito de no repetir lo que se había dicho ya en libros impresos, los dejó de propósito incompletos, sacrificando el

material completo por el material original. Sólo una que otra ocasión vulneró su regla.

La extensión que dió á los artículos varió también según las noticias acopiadas y según la novedad del asunto. Hay muchos interesantísimos por ambas cosas, como los que consagró á la Catedral, á San Hipólito, á San Andrés, á Bethlén: verdaderas monografías que podía haber publicado separadamente, y que contienen infinidad de datos desconocidos é ignorados, aún de nuestros más eruditos historiadores.

Si la obra carece de método, es, en cambio, fuente abundante de informaciones, que en vano se buscarán en obras impresas. Y no sólo sobre la historia local de la ciudad de México, también sobre la historia general de la Colonia hispánica. Costumbres, creencias populares, tradiciones, fiestas religiosas y civiles: noticias administrativas é históricas sobre los diversos ramos de la hacienda pública: cédulas, reales órdenes y otros documentos legislativos acerca de encomiendas y de la esclavitud de los negros ó de los indios, contiene la obra en copiosa cantidad, pues las proporciona el autor á cada paso, precisamente por el carácter difuso y divagado que dió á cada uno de sus estudios históricos.

En cuanto al estilo, no es elegante, ni ameno, ni mucho menos florido. Parca en metáforas y en epítetos, no es tampoco pintoresco, pero cautiva por su sencillez, por su corrección, aunque sin degenerar en pujos ó purismos académicos, de los que gustaba hacer alarde el autor en sus conversaciones.

El Dr. Marroqui fué minucioso cronista, pero en las narraciones de sucesos y en los bocetos biográficos no escasean reflexiones atinadas, justas y severas críticas y sentenciosos epifonemas.

Pero sobre todo, el mérito principal de su obra estriba en la información. Exhumador incansable, vivió empolvándose en los archivos, registrando pacientemente expedientes olvidados, copiosos cedulares, causas voluminosas, informaciones cansadas, libros de actas numerosos, y el fruto de tantas y largas investigaciones fué su obra.

Muchas veces en vida se le proporcionó publicarla, ya por editores particulares, ya en imprentas del Gobierno, á instancias de D. Francisco Sosa. Su amigo el Sr. D. José María de Agreda y el que esto escribe, hicieron no pocas diligencias. Empero, avaro de sus noticias, temeroso que se las hurtasen, ó tal vez, convencido que podía aún espigar mucho en otras nuevas y minuciosas investigaciones, no quiso darla á la stampa. Tuvo, pues, la pena de no verla impresa, y no parece sino que estaba destinada á no aparecer ni aún después de

muerto el autor, pero cedida al Ayuntamiento, la comenzó á publicar el mes de Octubre de 1898, en la imprenta de "La Europea," propiedad de los Sres. J. Aguilar Vera y Comp., situada en la calle de Santa Isabel número 9, quienes se comprometieron á entregar cinco pliegos semanarios. Ya impresas 636 páginas del tomo primero y 644 del segundo, "La Europea" sufrió tremendo incendio el 2 de Septiembre de 1899. Quemóse allí toda la edición de la obra, las ilustraciones y el manuscrito original, pero por fortuna los borradores existían en poder del P. Andrade, quien como ya se dijo, se había encargado de la corrección de las pruebas, y también por fortuna se habían salvado tres ejemplares impresos de los dos primeros volúmenes, que se entregaban en pliegos por la imprenta á la Secretaría del Ayuntamiento, al Sr. Lic. D. Miguel Macedo, entonces Presidente de la Corporación Municipal y al citado P. Andrade. En vista del que poseía este último, se comenzó á hacer la nueva edición, y sólo el tercer volumen hubo que publicarlo teniendo como originales los borradores, en muchas partes incompletos. Además, estos borradores dictados en máquina por su autor en vista de otros primeros manuscritos de su puño y letra, cuando ya estaba muy enfermo y próximo á morir, no pudieron ser revisados definitivamente por él ni llenadas muchas lagunas de fechas y nombres que había dejado en blanco, y aún de sucesos que no había podido comprobar ó de los que no tenía noticias.

Hemos consignado minuciosamente los anteriores pormenores para que no se le juzgue con severidad, ni en el fondo ni en la forma. La crítica tiene que ser indulgente. El autor puso la mano en su obra por vez última, ya víctima del cáncer. Páginas enteras dictó en medio de dolorosos sufrimientos. La copista fué una apreciable señorita, pero indocta en materias históricas. El volumen tercero se quemó original, como ya hemos dicho, y el P. Andrade ha tenido no poco trabajo para hacer uso de los borradores, corregirlos algunas veces, anotarlos otras, é hijas de tales correcciones y notas, son algunas variantes de estilo que aparecen en la obra impresa.

¡Que haya indulgencia para incorrecciones y para errores! Bien lo merece un autor que consagró más de dos décadas en compilar y escribir su obra, y que enfermo, casi moribundo, la dictó para que se diera á la estampa, y cuyas pruebas ha corregido una mano amiga, cariñosa, pero mano extraña al fin, que en las impresiones nunca puede substituir á la del autor.

## III

El Dr. D. José María Marroqui, como profesional, como político, como escritor y como erudito, merecía un estudio especial y minucioso que, por desgracia, no se puede hacer en las pocas páginas de estos apuntes bio-bibliográficos.

Fué un hombre de mérito por sus conocimientos y un hombre raro, excepcional, nada común, por su carácter. Como tenía conciencia de su saber, gustábale hablar de muchas materias, con tono mesurado y sentencioso, pero siempre opositor. Era un espíritu de contradicción por excelencia, aunque á la postre viniese á convenir con los contrincantes en las tesis que pretendía refutar á toda costa. Y tal espíritu de contradicción se manifestaba lo mismo en pláticas baladíes con los amigos, que en reuniones políticas, que en serias discusiones habladas ó por escrito. Poco aplaudía, mucho censuraba, y mereció por ello que D. Joaquín García Icazbalceta, autoridad nada sospechosa, le llamase *D. Severo Pesado*.

Pero tal intransigencia con las opiniones contrarias, el gesto desdenoso manifestado aún en su propia fisonomía, cuando quería censurar ó refutar lo que él juzgaba malo, venía á estar compensado con un profundo respeto que le merecían los superiores, con un trato amable y franco con los amigos predilectos y con un cariño entrañable para con los suyos, para sus padres, para sus hermanos, para su esposa, para su hija adoptiva, á quien legó un nombre honrado y una fortuna para vivir con honestidad y sin privaciones.

Como catedrático de literatura, fué un retórico de antaño, apegado minucioso al Hermosilla, poco comunicativo con sus discípulos, pero sin la severidad cruel de los antiguos dómines. Gustaba, empero, que se designasen las personas ó las cosas con los substantivos que él creía apropiados, y así llamaba *caballeritos* á los jóvenes, *mancebos* á los criados, ¡y qué capaz que consintiese en llamar *timbres* á las estampillas del correo! Como médico ejerció poco, pero practicó constantemente como cirujano, y demostró grande abnegación para curar á las mujeres de mala nota en los hospitales, y asiduidad continua en suministrar con sus propias manos la vacuna. Como político fué liberal moderado, republicano, partidario acérrimo de la Constitu-

ción de 57, y amantísimo patriota, como lo demostró en las épocas de la invasión norteamericana y en las guerras de la Reforma, la Intervención y el Imperio; pero sincero creyente, hijo de cristianos padres, fué piadoso, sufrido, y á pesar de la cruel enfermedad que acibaró los últimos años de su existencia, murió tranquilo en el seno de la religión de sus antepasados. En resumen, fué estudiante aprovechado, médico filantrópico, profesor instruído, escritor erudito; muy recto en costumbres, acciones y palabras.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

## INDICE

	Págs.
Independencia, calles de la . . . . .	5
Inditas, calle del Colegio de las. . . . .	11
Isabel Santa, calle de. . . . .	20
Jerónimo San, calle de. . . . .	22
Jesús María, convento de. . . . .	36
„ „ calle de. . . . .	73
José de Gracia, calle de San. . . . .	79
Origen de la devoción á la Divina Infantita . . . . .	89
José el Real, calle de San. . . . .	92
Joya, calle de la. . . . .	93
Lázaro, plazuela de San. . . . .	95
Leandro Valle, calle de. . . . .	103
Lecumberri, callejón de. . . . .	103
Lecheras, callejón ó calle de las. . . . .	104
Leña, calle del Puente de la. . . . .	108
Lerdo, calle de, y Avenida. . . . .	109
Libertad, calle de la. . . . .	110
López, calle de. . . . .	110
Loreto, plazuela de. . . . .	111
Manco, callejón del. . . . .	114
María la Redonda, Santa. . . . .	114
„ Calzada de Santa. . . . .	116
Reseña de la fundación y actual estado del Panteón de Santa Paula. . . . .	116
Meleros, calle de los. . . . .	118
Monzón, calle del Puente de. . . . .	120
Necatitlán, calles de. . . . .	121
Paja, callejón de la . . . . .	126
Palma, calle de la . . . . .	130
Parados, calle de los . . . . .	133
Parque del Conde, calle del. . . . .	133
Parque de la Moneda, calle del, y calle cerrada. . . . .	144
Paseo Nuevo, calles del. . . . .	144
Patoni, calle de . . . . .	145
Paula, cementerio de Santa. . . . .	180
Pedro y San Pablo, calle de San. . . . .	181
Pelota, callejón de la. . . . .	181